

# La etérea senda del espíritu

**Manuel ESTEBAN LAMAS**  
Zamora  
mestebanharwood@gmail.com

- I. El espíritu trascendente.**
- II. Las tres fuentes emotivas.**
  - 2.1. *El lenguaje.*
  - 2.2. *La música.*
  - 2.3. *Las imágenes.*
- III. Conclusión.**

## **I. EL ESPÍRITU TRASCENDENTE**

El ser humano nace con la semilla de la fe sembrada en su espíritu. Fe abstracta en ese momento, presentimiento que por su genuino carácter está revestido de una solidez que aumenta a medida que su mente se despierta al razonamiento y sus sentidos intuyen el destino de su entrega espiritual. Extremo en que todo su ser reacciona para reclamar atención y cobijo a sus ansias de saber, de conocer, de que la senda de su fe se deslice suavemente a lo largo de un cauce expedito hasta encontrar al Ser sobrenatural que siempre ha iluminado su alma inspirando el reprimido fervor para adorarlo sin dudas, sin vacilaciones, el resto de su existencia.

Pronto descubre que su necesidad espiritual es compartida por el resto de los seres humanos, arrolladora inquietud anímica por conocer y gozar del privilegio de la adoración del Ser Supremo cuya pureza abarca, envuelve y es la esencia de todo lo existente; ser omnipotente a quien amar y venerar en su eterna grandeza.

Es el momento de la incondicional sumisión, de la búsqueda del origen de tan sublimes sentimientos, divino espíritu que merece la entrega completa de la humanidad y busca el refugio en quienes pueden ayudarlo, en los ministros de la Santa Madre Iglesia.

La primera visita a la casa de Dios produce una impresión indeleble en una joven alma, su espíritu limpio y puro por naturaleza experimenta fuertes ansias de ser instruido en aquel espacio que le envuelve en la transcendencia inherente a su indudable misión sobrenatural, templo de una monumentalidad que incita al recogimiento y la oración.

Las paredes de la iglesia impregnadas de mensaje celestial parecen exhalar el hálito divino. Aquí y allá se encuentran distribuidas algunas capillas, mientras los espacios libres están cubiertos de pinturas que representan personas en actitudes diferentes, en ocasiones imágenes que miran hacia el cielo mientras su cara permanece iluminada por una luz de procedencia misteriosa. Los grandes espacios están cubiertos de murales que narran momentos de la pasión de Cristo rodeado de unos personajes que muestran rostros bondadosos cargados de

sufrimiento y profunda pena, mientras que los gestos de otros indican el disfrute cruel ante el castigo que están infligiendo. Otras obras de arte narran dramáticas escenas sobre conmovedores martirios sufridos por espíritus que han alcanzado la santidad, mártires inocentes que atesoran almas piadosas cuya sola culpa consiste en la entrega total al sublime Ser que inspira su fe; por su amor a Dios a quien adoran y por el que están dispuestas a soportar el mayor de los sacrificios.

Impactantes representaciones que conducen al devoto asistente hacia el altar mayor, donde la grandiosa estructura dorada del retablo es modelada por un sinfín de cavidades y hornacinas en el proceso de elevarse hacia lo alto de la bóveda, bella distribución que custodia numerosas imágenes sagradas escultóricas coronadas con nimbos crucíferos. Sus actitudes así como sus caras muestran claramente la esencia de sus almas trascendentes.

El embeleso con que la transmundana atmósfera envuelve a la joven alma le impide darse cuenta de que un sacerdote se ha colocado junto al altar aproximándose a un atril, hasta que su voz resuena cristalina, clara y brillante, tras recorrer las alturas resonando de bóveda en bóveda en un viaje generador de enarmónicos que le proporcionan gran poder arrollador en la composición de la celestial armonía.

La esencia de la persona es absorbida por aquellas palabras que fluyen desde el tabernáculo, elevando su alma de tal manera que sus ojos no pueden separarse de la imagen de aquel sacerdote que se le antoja un ser celestial, no por su aspecto, sino por el contenido de la oratoria portadora del mensaje esperado, palabras que finalmente llegan cargadas de esperanza y consuelo para alimentar el anhelo de conocer el sentido, la trascendencia de la vida. La avidez con que escucha aquella cálida voz le abstrae hasta el extremo de que cuando repentinamente el órgano irrumpe lanzando al aire delicados arpegios en tono menor que inundan el inmenso templo, la emoción le invade uniéndolo a la multitud de los fervorosos asistentes cuyos ojos con frecuencia se inundan de lágrimas.

## II. LAS TRES FUENTES EMOTIVAS

### 2.1. *El lenguaje*

La inteligencia del ser humano se manifiesta a través del lenguaje, de la palabra que en una exhibición de agilidad intelectual ordenada logra adaptarse coherentemente al contexto de los infinitos sujetos que precisan la intervención

oral, facultad que eleva al hombre al más alto nivel de los seres vivos, no sólo por el acto mismo de emitir sonidos razonados, sino por su aplicación para transmitir mensajes de elevado contenido a través de su facultad de propagar la palabra de Dios.

El lenguaje es el conducto que permite exteriorizan las sutiles ideas elaboradas por razonamientos gestados en la mente; posee el don de ser medio para informar y persuadir a través de su gran riqueza de recursos, giros, inflexiones y modulaciones con los que es capaz de expresar todo aquello que brota de los más recónditos apartados del alma. Virtudes que lo convierten en la base de la cultura cristiana, sin él no sería posible tener un orden religioso, los libros sagrados no existirían, tampoco los santos o los místicos habrían podido transmitir sus sentimientos y sus emociones. ¿Cómo podría ser posible elevar las oraciones a Dios, los ruegos y las súplicas sin palabras? Aunque habitualmente no se emitan los sonidos, no se articulen las palabras porque éstas son sustituidas por la mayor pureza de la oración transmitida por el pensamiento, sin palabras cualquier rogativa estaría formada por emociones huecas, comunicados emocionales abstractos sin especificar, si bien es cierto que Dios no necesita medio alguno para recibir los sentimientos. No obstante al ser humano le resultaría difícil elaborar ideas sin una estructura idiomática que las soportara, sin ella todo sería emoción pura.

La palabra es el medio de provocar las profundas emociones, de mover los sentimientos, de conducir la vida de las personas hacia sagrados horizontes, puesto que el mensaje de la oratoria puede ser tanto directo de carácter informativo, como de estímulo de la creatividad humana proclive a la concepción de representaciones, extremos en que el fiel creyente es arrastrado por las imágenes concebidas por su imaginación a partir de las ideas expresadas desde el púlpito.

En la expresión de las ideas es preciso considerar tanto el contenido como los recursos utilizados para su exacta comprensión. Medios que pueden apoderarse de la atención desbordando su proyecto inicial al penetrar en las conciencias generando un nivel de importancia superior al considerado inicialmente, fenómeno debido nuevamente a la imaginación creativa del ser humano que una vez encumbrada en conceptos de espiritualidad superior es tendente a visualizar propias imágenes, iniciando un vuelo trascendente de profundo significado que conduce a las alturas de una emotividad inesperada con origen en la necesidad espiritual del receptor revestido de suma humanidad y ávido de confort, consuelo y esperanza que el elevado contenido tiene como sagrada misión proporcionar. Difícil tarea para la que se precisa el don de la palabra concedido por la iluminación divina, puesto que un sublime mensaje no tiene la capacidad de envolver la sensibilidad de los asistentes si éste no surge de la esencia del ser del orador.

Más allá de las facultades personales de comunicar surge una dualidad en la forma de transmitir el contenido de las ideas: a través del lenguaje hablado o del lenguaje escrito. La viva voz se caracteriza por su gran capacidad de difusión, de tal manera que miles de personas pueden oír un sermón simultáneamente, mientras que un texto escrito no puede ser leído más que por una sola persona. Por otra parte, la capacidad de retener el contenido de las palabras de un orador son limitadas, de tal manera que no se puede memorizar más que pequeños fragmentos temporalmente. Por el contrario, y en consideración al medio, los textos escritos son mucho más elaborados y densos porque el lector podrá releerlos tantas veces como desee. Motivo por el cual la lectura de unas ideas penetrantes no se olvida nunca. Como ejemplo tenemos a Santa Teresa, que supo transmitir su humildad en el místico contenido del mensaje de recogimiento y sumisión de sus Exclamaciones:

“¡Oh ánima mía!: deja hacerse la voluntad de tu Dios: eso te conviene. Sirve y espera en su misericordia, que remediará tu pena cuando la penitencia de tus culpas haya ganado algún perdón de ellas; no quieras gozar sin padecer. ¡Oh verdadero Señor y Rey mío!, que aún para esto no soy, si no me favorece vuestra soberana mano y grandeza que con esto, todo lo podré”<sup>1</sup>.

Resulta difícil sustraerse a semejantes palabras puesto que expresan los más profundos sentimientos de mortificación, ideas revestidas del resplandor celestial en cuanto que rebosan de la pureza de las fuentes de elevada procedencia. El resultado de los textos escritos es evidente ya que cuando una persona lee estas frases no sólo no las olvida jamás, sino que tenderá a incorporar el contenido en su orden moral.

El misticismo invade a San Juan elevando su espíritu a unos niveles sobrenaturales que le encumbran al desprecio de la vida terrenal, pues arde en deseos de encontrarse junto a Dios:

*Vivo sin vivir en mí,  
y de tal manera espero,  
que me muero porque no muero.*

*En mí yo no vivo ya,  
y sin Dios vivir no puedo,  
pues sin Él y sin mí quedo,  
este vivir ¿qué será?*

---

<sup>1</sup> *Obras de Santa Teresa de Jesús*, Exclamaciones del alma a Dios, cap. VI, Ed. Apostolado de la Prensa, Madrid 1964, p. 790.

*Mil muertes se me hará,  
pues mi misma vida espero,  
muriendo porque no muero<sup>2</sup>.*

La actitud de extremo fervor religioso de San Juan de la Cruz tiene el poder de resultar envolvente para quien lee sus meditaciones, escritos tan impactantes y sugestivos que se filtran en las conciencias de manera indeleble, creando la tendencia a la imitación de una actitud que supone un replanteamiento en la conducta. Menéndez y Pelayo comentó de sus palabras: “Una llamada de afectos y un encendimiento amoroso capaz de derretir el mármol”.

Indudablemente las reacciones son tan diversas como la sensibilidad de cada persona, pero es improbable que la lectura de las Exclamaciones de Santa Teresa de Jesús, así como las “Coplas del alma que pena por ver a Dios” de San Juan de la Cruz permita el olvido, por el contenido y por el ardor con que están expresadas. Quien las lea sentirá una atracción irresistible por volver a la lectura.

## 2.2. La música

“*El fin de toda música buena es conmover el alma*”<sup>3</sup>. Palabras de Monteverdi que demuestran la pasión y la intencionalidad que dominaba al músico en el momento de crear su obra y que, consecuentemente, debía impactar en quien recibía el sublime mensaje acústico. No es este el único autor que se refiere a la música como instrumento que eleva el alma a las alturas celestiales, Bach fue aún más rotundo: “*El único propósito y razón final de toda música debería ser la gloria de Dios y el alivio del espíritu*”<sup>4</sup>.

Sorprendentes sentencias que descubren una dimensión humana no considerada habitualmente: la facultad de ser impresionado a niveles sobrehumanos por medio de la recepción auditiva de una serie de sonidos encadenados armónicamente, sin preparación educativa o predisposición anímica, simplemente abandonándose a la propia sensibilidad. No en vano los primeros órganos fueron incorporados en las iglesias a partir del siglo XIII, si bien el perfeccionamiento fue lento y no se logró un instrumento de suficiente calidad hasta el siglo XVI.

---

<sup>2</sup> San Juan de la Cruz, *Obras completas*, Coplas del alma que pena por ver a Dios, p. V, (fragmento), Ed. Apostolado de la Prensa, Madrid 1954, p. 883. Copla también glosada, con pequeñas variantes, por Santa Teresa.

<sup>3</sup> MONTEVERDI, C., *Música Clásica*, Burrows J., Ed. Espasa, Madrid 2006, p. 80.

<sup>4</sup> BACH, J. S., *Música Clásica*, Burrows J., Ed. Espasa, Madrid 2006, p. 116.

Los más importantes músicos de la historia han compuesto música sacra, obras que han trascendido a lo largo del tiempo emocionando y moviendo el alma de la audiencia.

*George Frideric Händel*, 1685-1759. Fue un autor prolífico que abarcó un gran espectro de formas musicales, pero tal vez la que con razón ha perdurado destacando sobre el resto es el “*Mesias*”, *HWV 56*. Obra para solistas coro y orquesta de gran riqueza armónica y una variedad melódica que nunca fatiga al oyente, espectador que se recrea en la totalidad pero que espera anhelante la llegada del famoso coro del “¡Aleluya!”.

*Johann Sebastian Bach*, 1685-1750. Su extensa obra alcanza niveles extraordinarios en la música religiosa con obras como la: *Misa en si menor BWV 232*, para solistas coro y orquesta, que sorprende al espectador con sus florituras y desenlaces, música que con la riqueza de sus partes corales tiene la virtud de llenar de armonías el lugar de interpretación.

No menos importantes son sus pasiones: *según San Mateo*, *según San Juan* y *según San Marcos*, aunque de ésta se ha perdido la mayor parte. Música igualmente para solistas, coro y orquesta, conjuntos musicales que destacan por la grandiosidad de concepto.

*Franz Joseph Haydn*, 1732-1809. La música religiosa está representada en su trabajo por la *Misa de “Nelson”* y principalmente por “*La Creación*”. El tema está basado en el Génesis y fue realizada con tal acierto que pronto se convirtió en la obra más interpretada de Haydn.

*Wolfgang Amadeus Mozart*, 1756-1791. Este genial compositor musical dedicó su abundante producción principalmente a la ópera y los conciertos. Los exponentes religiosos fueron la *Misa de coronación* y el *Réquiem K626*, obra inacabada en la que trabajó en los últimos momentos de su vida, convencido de que el destino de la obra era su propio funeral. Música para solistas, coro y orquesta de una belleza a nivel con el resto de sus obras.

*Ludwig Van Beethoven*, 1770-1827. La música de Beethoven destaca por la fuerza creativa lograda en el tránsito entre el clasicismo a la era romántica, con obras innovadoras como la *Misa solemne* y la *sinfonía n° 9*, encargada ésta en 1822 por la Sociedad Filarmónica de Londres. Sinfonía impresionante que culmina con la *Oda a la alegría* basada en versos de F. Schiller en que se celebra la hermandad de la humanidad. El coro final tiene una fuerza expresiva tan arrolladora, que con frecuencia llena de lágrimas los ojos de gran número de asistentes a la interpretación.

*Felix Mendelssohn*, 1809-1847. Músico de gran talento que murió joven pero que entre sus importantes obras destaca el *Sueño de una noche de verano*, obra de trascendencia insospechada en cuanto que comprende la *Marcha Nupcial*, sin la que una boda perdería el carácter festivo que le corresponde, y que también provoca lágrimas de los presentes, en esta oportunidad por la emoción producida por el nuevo matrimonio.

La música, con los infinitos recursos de las sonoridades, el diestro uso de las modulaciones en tono mayor y menor, los aires largo, adagio, andante, allegro, presto o las diferentes intensidades de fuerte, piano, utilizados en la confección de oratorios, misas, réquiems o la gran variedad de piezas religiosas escritas a lo largo de los siglos, se coloca como máximo exponente con capacidad para emocionar y mover el alma del devoto, especialmente si acompaña inspiradas palabras dirigidas al Altísimo. Las lágrimas vertidas por quien se encuentra en semejantes acontecimientos hablarán claro de las emociones y sentimientos que le inundan. La música rubrica el contenido de la palabra ampliando su significado.

### 2.3. *Las imágenes*

El lenguaje, tanto hablado como escrito, está limitado por la barrera del idioma. La música, a pesar de su carácter universal que le permite volar por el espacio sin límites culturales, geográficos o políticos, tiene como defecto morir en el mismo instante de nacer, puesto que de igual manera que está precedida por la ausencia de sonido, su final es invadido instantáneamente por el silencio absorbente de la nada, del vacío que la última nota deja tras de sí. Las emociones producidas por las sonoridades se esfuman lentamente navegando por el espacio sobre las ondas del eco de la sensación experimentada.

Contrariamente, las imágenes suponen el silencioso pero constante renacer, el permanente florecer con vigorosa energía en la mente del piadoso mientras contempla la representación de Cristo en el altar y recorre con su piadosa mirada el ensangrentado cuerpo.

No hay nada tan impactante para un ser humano como la contemplación del cuerpo mancillado y torturado de un semejante. ¿Qué puede sentir entonces al ver a Cristo crucificado? Un instante de atención y la mente creativa de la persona reconstruirá el patético drama.

Las imágenes suponen el complejo medio de llegar al espíritu humano por medio de recursos infinitos, ya que todo puede ser representado y conducido al



fin que el artífice desea, utilizando tanto la expresión corporal en el movimiento de las imágenes, como la fisiognomía, el estudio del carácter o potencial de comportamiento de las personas a través de su fisonomía, especialmente de los rasgos destacados del rostro de un individuo.

Medios expresivos de que dispone el imaginero para conducir al fervoroso cristiano a la oración, para ensalzar el contenido espiritual o humano de los personajes que intervienen en las escenas religiosas. Pueden ser situaciones de alegría, de emoción, del esplendor de una imagen iluminada por la gracia divina o, contrariamente, representando personajes en actitud triste, pasiva, indiferente o de crueldad, dependiendo de la circunstancia o la impresión que sea preciso causar.

La importante ventaja de las imágenes es que pueden acompañar en todo tiempo y lugar, puesto que no sólo se encuentran en los templos, sino en los hogares y en pequeñas reproducciones, como medallas, crucifijos y sobre todo, en el alma de las personas.

Las visitas a la iglesia para orar no precisan la coincidencia con un oficio religioso, así como tampoco el acompañamiento emotivo de la música. Frecuentemente el templo se encuentra en silencio total sin que suponga un inconveniente, por el contrario, las plegarias pueden surgir con más limpieza y fervor inmersas en el silencio del templo, a solas, en la intimidad con la imagen de la devoción. Probablemente porque quien acude a la iglesia al margen de las ceremonias habituales lo hace con el propósito de rogar por el soporte y consuelo en inquietudes íntimas. La confluencia fortuita de algunas personas no supone incomodidad alguna puesto que cada una permanecerá postrada de rodillas en recogido silencio aisladamente en algún punto del lugar sagrado, pero siempre manteniendo la distancia en lo posible. Toda la atención del devoto asistente en ese momento está centrada en los emocionados rezos a la Virgen Santísima o Cristo Crucificado representados por aquellas imágenes que dan vida al templo envolviéndolo en aroma de sagrada espiritualidad.

### III. CONCLUSIÓN

Las imágenes sagradas de Cristo, La Virgen o los santos llaman a la oración con su sola presencia, ejercen una irresistible atracción sobre la mente del devoto como resultado de que la palabra celestial ha penetrado en su ser, enriqueciéndolo de tal manera que el mero hecho de acudir al templo lleva consigo el convencimiento de que la visita le proporcionará ayuda y consuelo espiritual a través del exponente de iluminación religiosa transmitido por el conjunto de las tres

fuentes emotivas: la palabra, la música y las imágenes, flujo de inspiración conjunta y perenne sobre el inconsciente de la persona, origen de sentimientos que se exteriorizan súbitamente y sin dilación en momentos precisos, causando una elevada impresión sobre la sensibilidad particular que siente cómo su alma se eleva con el sólo acto de acudir a la iglesia en circunstancias en que precisa el soporte del Altísimo.